

ENSAYO

EL OLVIDO DEL SER

THE FORGETFULNESS OF BEING

Gil Otaiza, Ricardo¹

1. Academia de Mérida, Venezuela

Correo-e de correspondencia: rigilo99@gmail.com

Recibido: 28-03-2020. **Aceptado:** 13-04-2020

El desarrollo de las ciencias llevó al hombre hacia los túneles de las disciplinas especializadas. Cuanto más avanzaba éste en su conocimiento, más perdía de vista al mundo y a sí mismo, hundiéndose así en lo que Heidegger, discípulo de Husserl, llamaba, con una expresión hermosa y casi mágica, “el olvido del ser”.

Milan Kundera
El Arte de la Novela

RESUMEN

Desde el ensayo se formulan interrogantes conducentes a trajinar la noción del Ser planteada por Heidegger en su obra *El ser y el tiempo*, sobre la base de la crisis planetaria derivada con la irrupción del nuevo coronavirus (COVID-19). Se elucida en torno del binomio degradación y progreso y se buscan sus causas y consecuencias en la denominada modernidad. De igual modo, se esbozan reflexiones de carácter ontológico acerca de la deshumanización de la ciencia y su impacto en nuestras vidas. Si Todo preguntar es una búsqueda, como lo afirma el filósofo alemán, el que ensaya tiene ante sí una serie de interrogantes que no pretende resolver, sino que le permitan avanzar y retroceder, pero siempre desde la voz personal.

Palabras clave: Tecnociencia; Modernidad; Olvido del Ser; Deshumanización; Coronavirus.

Como citar este artículo:

Gil, R. (2020). El olvido del ser. *GICOS*, 5 (e1), 102-111.



ABSTRACT

The main objective of this essay is to propose a series of questions raised from the book *Being and Time* by Heidegger, these questions seek to generate reflections around the world crisis caused by the coronavirus pandemic (COVID-19). This essay analyzes the incongruence presented in the binomial degradation and progress and its causes are sought in the so-called modernity. In the same way, this essay reflects on the dehumanization of science and its impact in our lives. If everything to ask is a search, as the German philosopher affirms, the one who rehearses has before him a series of questions that he does not intend to solve, but rather allow him to go back and forth, but always from the personal voice.

Keywords: Technoscience; Modernity; Forgetfulness of being; Dehumanization; Coronavirus.

INTRODUCCIÓN

Somos hijos o tal vez producto de la *modernidad*. La denominada *razón ilustrada* modela nuestro pensamiento y acciones hasta el punto de asumirse sin más sus derroteros y consecuencias. Pensamiento y vida se concatenaron de tal forma (*Pienso, luego existo*), que a partir de entonces ya nada fue igual. No nos extrañe, pues, todo esto, ya que se rompía (y con justicia) con un período de oscuridad, en el que el mundo era medido y sopesado por “poderes” que iban más allá de la razón para instalarse en la creencia y en el dogma. Todo era visto como castigo divino y esto se utilizaba con saña para el dominio y la sumisión. No obstante, con las ansias de resarcirse de tantas imposiciones y castigos por el solo hecho de ponerse en duda lo establecido, y enarbolarse así nuevos puntos de vista, se cayó en el extremo de erigirse a la ciencia en una sobrevenida fe, que se hizo impositiva e incuestionable también. “El cientificismo, convertido en una religión extremadamente dogmática, de pronto se convirtió en ese dios despreciado y dejado de lado por el *cogito*” (Gil, 2013). Todo dentro de la ciencia, nada fuera de ella, es un precepto y resuena muy hondo en nuestras conciencias, para instalarse en el centro de nuestras vidas e imponer sus propios paradigmas y criterios. La ciencia y su método se transformaron desde entonces en una dupla bajo cuya égida todo era escrutado y sopesado, y así se fue construyendo un andamiaje que ha posibilitado un portentoso desarrollo científico y tecnológico, que ha pretendido dar respuesta a todas las interrogantes humanas. Bueno, a casi todas, porque quedan muchas por resolver (si se quiere, en el orden abstracto), y que por fortuna nos hemos guardado a la espera de la necesaria reflexión por venir en torno de la ciencia, sus productos y sus consecuencias (desarrollo). Y pareciera que el momento llegó.

La irrupción en nuestro mundo del denominado nuevo coronavirus (COVID-19) ha encendido las alarmas, y aunque se busca con afán la raíz de su nacimiento y se plantean al respecto hipótesis y teorías (muchas de las cuales caen en la fábula y en el desvarío) que lleven a los “expertos” a dar prontas soluciones a la crisis planteada, no deja de sorprender su capacidad para derrumbar la invulnerabilidad que hasta hace pocos meses exhibía una humanidad arropada al abrigo de su más preclara creación civilizatoria: la tecnociencia. No cabe duda de que se hallará la vacuna (o las vacunas, ya que los países desarrollados compiten por ser los primeros en su conquista para luego arrogarse su monopolio), así como los fármacos que inactiven, bloqueen o eliminen el virus, pero en el ínterin quedan muchas cuestiones de diverso orden que nos llevan a plantearnos un sinnúmero de reflexiones e interrogantes desde el ángulo de lo filosófico que, dicho sea de paso, es el primer eslabón en la construcción del conocimiento científico. Es decir, su fundamento. Y, al parecer, lo hemos olvidado.

La pandemia del coronavirus nos ha hallado inermes y desvalidos, huérfanos de referentes. Somos la misma humanidad que con horror en tiempos pasados hizo frente a la peste negra, a la gripe española, al cólera y a muchos otros agentes patógenos, solo que hoy el horror lo podemos sentir y palpar minuto a minuto a través de las redes sociales, lo que agiganta aún más la angustia y nos hunde en una mayor aflicción. Creímos que la tecnociencia sería nuestro escudo de protección inmediato, pero resulta que no fue así: por encima de nuestros hallazgos y portentos sostenidos al amparo de un desarrollo que no escatimó recursos para su supremacía y consolidación en la última centuria, está una humanidad sufriente, que vive los embates de una virosis que la ha hecho despertar abruptamente del idílico sueño del blindaje frente a lo desconocido. La hiperespecialización se halla desconcertada frente a los inmensos abismos que presenta la nueva pandemia. El desasosiego, el temor, la duda y la angustia en estos momentos no han sabido de métodos, ni de recetas, ni de explicaciones razonadas (ergo, la razón ilustrada), porque la humanidad sigue siendo la humanidad, que transita desde la oscuridad hacia la oscuridad.

Hospitales colapsados, millones de contagiados en todo el orbe, cientos de miles de muertos (sobre todo adultos mayores o gerontes, muchos de los cuales han sido desconectados para poder atenderse con prioridad a pacientes de menor edad), equipos de salud superados por la tragedia, ausencia de líneas maestras de parte de las ciencias médicas para atenderse a los contagiados, escasez de materiales y de equipos de protección, información tergiversada o errónea, manipulación mediática y política de la crisis, piratería de algunos países para asirse de los equipos de otras naciones, incapacidad de los líderes y dirigentes para tomar decisiones certeras y la ausencia de previsibilidad (y de predictibilidad) de parte de todos los países del mundo ante posibles pandemias, son parte de las variables que han entrado en juego frente a la presente crisis sanitaria y nadie al parecer tiene respuestas certeras frente a tanto horror; por lo menos desde las ciencias fácticas, porque desde el ángulo de la filosofía todo cae en su predios y es posible atender, porque la filosofía se reinventa en la medida en que las personas transitamos nuestros propios caminos y tragedias.

Nos preguntamos: ¿Será la humanidad la misma, en cuanto a actitud y derroteros, luego de transitar el duro recorrido de la pandemia? ¿Se requerirá con urgencia el replantearnos el desarrollo y con él su más poderosa arma: la *tecnociencia*? ¿Se necesitará que las ciencias fácticas (como las de la salud) reformulen sus bases ontológicas a la luz de las inmensas debilidades puestas de manifiesto en medio de la presente crisis? ¿Se olvidó el desarrollo tecnocientífico del Ser al supeditararlo a sus intereses crematísticos y al cosificarlo como un eslabón más en la búsqueda de una supremacía global? ¿Se han deshumanizado la ciencia y la tecnología? ¿Pudo evitarse toda esta tragedia? En definitiva, la ciencia y la tecnología se han quedado sin palabras frente a la finitud del Ser.

Empero, si “Todo preguntar es una búsqueda”, nos lo dice Heidegger (Moreno, 2002, p. 147), pues pongámonos en esa búsqueda que algo nos quedará en medio de nuestras grandes vicisitudes existenciales; aunque caigamos en la noria propia de todo viaje interior. Una búsqueda que se pretende desde el género ensayístico, en cuya raíz está el escepticismo (Savater, 2008, p. 12). Quien ensaya otea, vislumbra, merodea, atisba, siempre desde la duda, desde el no saber a ciencia cierta adónde nos llevará la indagación. Quien ensaya procura, más que dar respuestas a tamañas interrogantes, o llegar a la codiciada verdad, exponer su punto de vista, su “voz personal” (*Ibidem*, p. 13).

El mundo como ambigüedad

Seguimos siendo modernos a pesar de los cambios de los tiempos y del período histórico, y de que algunos

insistan en que la *modernidad* fue superada posiblemente mediante grandes acontecimientos que marcaron el rumbo de la historia: la *Primera Guerra Mundial* (que en realidad no fue mundial sino europea, y no de toda Europa), dicen unos; otros afirman que el quiebre moderno se suscitó con la llegada del hombre a la Luna; otros más contemporáneos, aseguran que fue el 11 de septiembre de 2001 con el derrumbe de las Torres Gemelas en Nueva York; unos apuntan que marcó la ruptura la explosión de las bombas atómicas en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, y hasta se ha pretendido poner la marca en la denominada *Guerra de las Galaxias* (no del film de ciencia ficción, sino de la también denominada *Iniciativa de Defensa Estratégica* planteada por el presidente norteamericano Ronald Reagan en 1983). Quienes sostienen tales afirmaciones aseguran también que a partir de entonces se vive la denominada *posmodernidad*, que se ha hecho sentir en muchos aspectos de nuestras vidas: ciencia, arte y cultura, política y educación, entre otros. Siendo eclécticos podríamos plantearnos la posibilidad de una sutil (a veces no tanto) amalgama en la que convivan *modernidad* y *posmodernidad*. En otras palabras, los quiebres de una época no son tajantes ni a rajatabla como lo plantean los libros de historia, ya que las generaciones van heredando “atavismos” que llevan desde siempre y marcan ineludiblemente su manera de ser, de pensar y de actuar. No en vano suele adjetivarse cuando nos parece que “algo” es novedoso, actual y de vanguardia como “moderno”. ¿Antinomia? Posiblemente.

No obstante, la *modernidad* y el mundo que nos llegó de entonces trajo a su vez la ambigüedad manifiesta en “degradación y progreso a la vez” (Kundera, 2009, p. 14), y nosotros, modernos o posmodernos, somos testigos (y copartícipes) de tal contradicción. La ausencia de Dios en las actuaciones de los hombres derivó en que todo aquello que se dirimía desde lo alto y que era aceptado y seguido por todos (y que de algún modo nos exoneraba de culpa), en la *modernidad* pasó a manos de los humanos, y ocurrió que “la única Verdad divina se descompuso en cientos de verdades relativas que los hombres se repartieron.” (*Ibidem*, p. 17). Por un lado, la *razón ilustrada* nos impele anteponer la duda de la ciencia a toda nuestra visión del mundo, lo cual garantiza(ría) en teoría el que se estén haciendo las cosas con rigurosidad y metódica; pero por el otro: degradamos sin piedad los recursos del planeta hasta llevarlo a su agotamiento. La posibilidad de estarse viviendo una *posmodernidad* (con todo lo que connota desde lo ontológico, más que desde lo histórico) no ha frenado desde lo fáctico la caída en picada de la *modernidad* iniciada hace ya varias décadas. Aunque sea válido aceptar también que “gracias al pensamiento de lo posmoderno”, se haya acrecentado en todo el orbe una nueva conciencia frente a tamaño desafío histórico, lo que podría explicarse por esa duda existente en cuanto a la definición del término y lo que esto genera. En todo caso, resulta importante acotar lo que plantea Rayda Guzmán en su texto titulado *Algunos conceptos posmodernos que ningún moderno quiso nunca entender*, cuando expresa, que lo que posiblemente acontezca entre nosotros sea que “se confunde el final de una época con el fin de los proyectos, logros o metas alcanzados por ella.” (Reyes, 2016, p. 16). Es decir, el agotamiento del proyecto de la *modernidad* trajo nuevas propuestas ralentizadas con el prefijo *pos*. Aunque cabe una nueva interrogante: ¿Se ha agotado el desarrollo o ha perdido su autenticidad?

Como todas las ciencias, la medicina (de igual manera las que constituyen las denominadas ciencias de la salud) son hijas de la *modernidad* y han caído presas también de la ambigüedad. La hiperespecialización ha enfocado su atención en “fragmentos”, en alícuotas de una totalidad que llamamos ser humano, y por estos derroteros hemos ido perdiendo de manera paulatina la visión de una integralidad manifiesta en cuerpo, mente y espíritu (por no ahondar en lo ecológico y lo planetario, que son variables indisolubles con el Ser). Al perderse la visión integradora de lo humano se ha perdido además el sentido de un cuerpo interrelacionado e interconectado, cuya división en sistemas y órganos (necesaria para la comprensión y la didáctica de su

extrema complejidad) se ha erigido en paradigma y en praxis. La disgregación, sectorización y atomización propias de la hiperespecialización nos han hecho creer que entre más conocemos acerca de una pequeña parcela (entiéndase: un órgano aislado o un grupo etario), más próximos estamos a la comprensión de la naturaleza humana, y no es así. El pensamiento complejo nos habla que la disyunción y la compartimentación del conocimiento traen consigo nuevas ignorancias (Morin, 2011a, p. 164). Dividimos y fraccionamos el cuerpo en compartimientos estancos para supuestamente “conocer”, pero a mayor hiperespecialización mayor desconocimiento de la dinámica fisiológica y bioquímica del cuerpo, que conjunta por distintas vías (nerviosa, arterial, venosa, hormonal, etcétera) cada parte para hacer de nosotros una totalidad perfecta.

Pero no solo eso. Las ciencias de la salud se han preocupado siempre por la lucha contra las enfermedades infecciosas (entre muchas otras), y en su afán por blindarnos contra los patógenos (virus, bacterias, hongos) se han enfocado en una visión efectista según la cual el enemigo está afuera al acecho. Sin embargo, no han prestado suficiente atención a las variables internas que permiten que el enemigo entre y actúe. “Se han subestimado las causas internas de los fallos inmunológicos, especialmente las causas psíquicas (estrés, depresión) que actúan a través del cerebro, gigantesca glándula productora de hormonas, sobre el conjunto del organismo.” (*Ibidem*, p. 164). En este caso, la pérdida de la visión de conjunto (órgano, enfermedad tratada y la totalidad del Ser) trae graves inadvertencias que pueden llevar a tragedias como la que actualmente azota a la humanidad.

La conjunción de las miradas sesgadas (hiperespecializadas) que trajo, como se dijo anteriormente, mayor ignorancia, disyunción y desarticulación de la vida (todo esto traducido en ambigüedad, ambivalencia, ignorancia y error), podría devolverle a la ciencia el camino perdido. Si la ciencia produce conocimiento “pero tiende a separar saberes que deberían estar relacionados” (*Ibidem*, p. 165), ha cimentado sus innegables progresos en regresiones. “El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre” (Benedicto XVI, 2009, p. 60), de allí la necesidad de que la propia ciencia haga un enorme esfuerzo de introspección, que le permita (y con ella a la humanidad entera) rectificar a la luz de la vastedad de cambios que la nueva pandemia traerá en los próximos años.

La deshumanización de las ciencias

Las ciencias como hoy las conocemos (ya que muchas de ellas tienen sus raíces en los inicios de los tiempos) nacieron en la modernidad para hacerse cargo del mundo, luego que la razón ilustrada se deshiciera de la idea teocéntrica de la vida. A partir de entonces, su afán ha sido articular un pensamiento lineal que dé respuesta a las causas que originan el sufrimiento humano de tal manera de evitar sus consecuencias. Pero tal y como se vio en los párrafos precedentes, las causas no son siempre evidentes y simples, y suelen formar parte de los territorios profundos del Ser. La deshumanización de la ciencia no es un postulado teórico, ni siquiera una frase retórica; es una realidad palpable en todos los ámbitos planetarios. Empero, hoy se hace evidente en plena crisis sanitaria, para recordarnos que las personas pierden tal condición cuando se convierten en pacientes de los centros hospitalarios. En apenas semanas de iniciada la pandemia, los coletazos de la deshumanización nos golpean al punto de llevarnos al horror, al ser “testigos” desde las redes y medios digitales cómo la crisis sanitaria ha obligado al personal de salud a tomar decisiones que atentan ostensiblemente contra la vida. El tener que desconectarse a los pacientes adultos mayores para entregárseles sus respiradores a pacientes más jóvenes, debido a la escasez de tales equipos (condenándolos a una muerte espantosa), no es digno de la condición humana. La eterna discusión ética en torno de la eutanasia hoy se

patentiza en una realidad fuera de lógica: los casos reportados de tales desconexiones han sido fundamentalmente de hospitales de países del primer mundo, en los que, se debería suponer, haya los recursos necesarios para atenderse cualquier contingencia.

El valor universal de la vida se violenta hoy minuto a minuto en los centros asistenciales de muchos países, sin que podamos hacer otra cosa que sufrir en silencio y maldecir frente a la cruda realidad. Escoger entre una y otra vida no debería ser la opción de la *razón ilustrada* (que nos llega, como ya se ha dicho, de la *modernidad*), la cual nos vendió con bombos y platillos la utopía del permanente e infinito progreso y desarrollo de los pueblos por la vía de la ciencia, de la tecnología y de sus ingentes productos (conocimientos traducidos en equipos, bienes y servicios, salud y una larga esperanza de vida), porque como nos lo dice Benedicto XVI, ya citado: “La apertura a la vida está en el centro del verdadero desarrollo” (*Ibidem*, p. 55). Esos ancianos a los que se les desconecta se les condena a morir en soledad, sin que puedan echar mano en el momento álgido de su tránsito, del calor familiar que fortifica y hace menos cruel la partida.

El ser humano no es unidimensional, sino transpersonal, es decir, trasciende, está despejado a su realidad y en ella se inserta como parte y todo de la vida. “Trascendencia es estar abierto en totalidad a sí mismo, al otro, al mundo y al Infinito” (Boff, 2012, p. 111). Esta pluridimensionalidad del Ser lo hace estar por encima de su propia finitud y miseria, y es lo que le permite ir tras la búsqueda de respuestas más allá de sus propios infortunios personales y colectivos. La deshumanización de las ciencias niega esta cualidad del Ser y lo cosifica, lo asume como una pieza más del engranaje de un sistema, lo convierte en un objeto. Cuando entramos en crisis (la pandemia es una mega crisis convertida en mega tragedia) la persona pierde su humanidad (y con ella su identidad transpersonal) y se convierte en un número, en una cama, en otro más entre cientos de miles; en definitiva: en un paciente, al que hay que devolverle la dignidad de su antigua condición hipocrática.

La responsabilidad colectiva

“La crisis actual con las severas amenazas que pesan globalmente sobre todos coloca como urgente e inaplazable la cuestión de la responsabilidad colectiva de los seres humanos” (*Ibidem*, p. 15). Si bien Boff no se refiere con esta afirmación a la pandemia que hoy sufrimos, su significado es igual en el presente. Tal afirmación la podemos extrapolar diciendo que la responsabilidad colectiva pudo evitar esta tragedia del nuevo coronavirus. Esta visión trae su propia ética, partiendo del respeto al planeta y, con él, a la biosfera (todo lo que en él vive). La responsabilidad parte del respeto a los animales y a las plantas y del respeto a nosotros mismos. La humanidad deberá replantearse en lo inmediato el consumo indiscriminado de carne animal que lo intoxica al traspasar las toxinas y las hormonas generadas por el sufrimiento del animal en los denominados “mataderos” (antros en los que se patentiza la crueldad humana), y que puede causar el salto de bacterias y de virus propios de los animales a las personas. La globalización de nuestras vidas trae como colofón que nada de lo que sucede en determinado contexto, por muy lejano que parezca, nos es indiferente, lo que debería impulsarnos a la toma de conciencia por nuestras acciones individuales y colectivas. En tal sentido, la *Unitas Multiplex* recuerda a cada instante que somos *únicos y diversos* a la vez, es decir, seres con nuestras propias características genéticas y culturales, pero que formamos parte de una comunidad planetaria y, por lo tanto, con responsabilidades compartidas.

Dentro de este numen ético de la responsabilidad planetaria, que acarrea el pensamiento posmoderno, no podemos dejar de lado el cuidado de los recursos naturales, porque se trata de bienes globales que ya

comienzan a escasear. El recurso agua, por ejemplo, es un bien inestimable del que muchos echamos mano de manera indiscriminada, sin detenernos a pensar que en otros contextos hay millones de personas que no lo poseen, y esa situación hace de sus existencias algo calamitoso. En la presente crisis vemos cómo en Venezuela cientos de comunidades no tienen acceso al agua potable y tienen que invertir muchas horas de sus vidas para hacerse de la misma, lo que contradice una de las normas sanitarias de requerimiento universal como es el lavado permanente de las manos. Eso sin ahondar en la necesidad del recurso para el sostenimiento de la vida.

Por otra parte, la responsabilidad colectiva deberá ir de la mano con la solidaridad, la pluralidad y la participación, como principios de una nueva gobernanza (Morin, 2011a, p. 120), y se erige así en una tétada indisoluble que nos empuja a repensar nuestra relación con la Tierra, a la que socavamos sin importarnos su sostenibilidad, porque “La vida no está únicamente sobre la Tierra y ocupa parte de la tierra (biosfera). La misma Tierra, como un todo, se presenta como un macroorganismo vivo.” (Boff, 2011, p. 29). Esta relación entonces se intensifica, porque en definitiva no somos ajenos al planeta (puestos sobre él para adueñarnos de sus recursos y someterlo), sino parte sustantiva de él.

Este vislumbre ético nos permite afirmar que la salud en un mundo globalizado es responsabilidad de todos. En la medida en que nuestras actuaciones personales, familiares y colectivas estén en correspondencia con la preservación del planeta, en su no contaminación, en el descarte organizado de los desechos, en el respeto (a la burbuja) de las demás personas y de los otros miembros de la biósfera, en esa misma proporción se elevará la calidad de vida y nos blindaremos contra las amenazas externas e internas que nos acechan a cada instante.

La pandemia pudo evitarse si dentro de esta responsabilidad-solidaridad-pluralidad-participación de la que venimos hablando, el gobierno de la nación en la que surgieron los primeros brotes (nos referimos a la China, aunque después le siguieron otros: la lista es larga) hubiese asumido el compromiso ético de informar al resto de los países acerca de la gravedad de lo que se observaba en su propio patio (Wuhan, específicamente). Lamentablemente, no se hizo así: privó el interés político e ideológico por sobre el Ser y se censuró la información (y hasta se castigó al médico que osó advertirlo quien luego murió a causa de la infección) y no se tomaron drásticas medidas en los momentos decisivos, lo que hubiese evitado la acelerada expansión del virus en el mundo y toda la estela de muerte y dolor que ha causado en el orbe.

Luce imperativo ir hacia una ética mundial, que abarque todos los aspectos de la vida de las naciones, tal y como la alcanzaron en una declaración inicial todas las religiones en Chicago en 1993.

Nuestro mundo atraviesa una crisis de alcance radical; una crisis de la economía mundial, de la ecología mundial. Por doquier se lamenta la ausencia de una visión global, una alarmante acumulación de problemas sin resolver, una parálisis política, la mediocridad de los dirigentes políticos, tan carentes de perspicacia como de visión de futuro y, en general, faltos de interés por el bien común. Demasiadas respuestas anticuadas para nuevos retos. (Küng, 2002, p. 185)

Por desgracia, los organismos que conjuntan a las naciones (ONU, OEA, OTAN, etcétera), no han estado a la altura de las circunstancias y se han quedado en mera pose declarativa, pudiendo erigirse en fieles de la balanza en estos momentos claves para la humanidad. Ni hablar del rol de la OMS y de la OPS durante la pandemia (que requeriría extensas reflexiones aparte). Una ética mundial afianzaría los postulados de una

responsabilidad-solidaridad-pluralidad-participación individual y colectiva ante el planeta y ante el Ser como un todo, y podría constituirse en punto de partida de un nuevo orden mundial, en el que los intereses del planeta y de los seres que lo habitamos priven por sobre los intereses políticos y económicos, que nos han llevado al caos. Una empresa como ésta podría parecer utópica, pero no por ello deja de ser impostergable frente al oscuro horizonte que se nos presenta como futuro. Hay que intentarlo.

El mundo agoniza. Agonía tan penetrante que nos sentimos movidos a señalar las formas en que se muestra para poner de manifiesto lo hondo de nuestra zozobra. La paz nos da la espalda. El planeta está siendo destruido. Los vecinos viven en el temor mutuo. Hombres y mujeres se distancian entre sí. Los niños mueren. (Küng, 1994, p. 15).

Lo anterior podría parecer un preámbulo a nuestra realidad presente, pero no es más que la angustia de muchos frente al azaroso destino planetario (¿Un epílogo, tal vez?) Demasiadas luces rojas encendidas como para desentendernos. Demasiados alertas como para pasarlos por alto. Resultan impostergables la reflexión y la acción.

El olvido del Ser

El *epígrafe* con el que iniciamos estas páginas resume la indefensión a la que ha estado sometido el ser humano, en los brazos de una ciencia y de un desarrollo que declararon ser antropocéntricos, y terminaron siendo deshumanizantes. Obviamente, al producirse la explotación indiscriminada de los bienes del planeta el hombre y la mujer pasaron a ser mera excusa, porque al destruirse los recursos y el medioambiente, se destruía la casa común. “Hoy creyentes y no creyentes estamos de acuerdo en que la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos” (Papa Francisco, 2015, p. 88). En otras palabras: el planeta puesto al borde de la destrucción por un desarrollo inaudito e inhumano, y el Ser replegado al olvido.

En estas condiciones, el desarrollo humano ha sido hasta ahora una fantasía, puesto que se han expoliado los recursos que deberían ponerse al alcance de todos, pero que quedan en las garras de los poderosos de la Tierra, los que a su vez explotan sin pudor la mano de obra y ofrecen a cambio una vida sin esperanzas. Todo un círculo vicioso.

En la Introducción a su obra más representativa, *El ser y el tiempo*, Heidegger (2012) hace alusión a la necesidad de reiterar expresamente la pregunta que interroga por el Ser. Afirma: “La mencionada pregunta está hoy caída en el olvido...” (p. 11). Y reflexiona que desde los comienzos griegos tal preocupación se hace “superflua” y agrega con nostalgia, tal vez con sorpresa: “ser es el más universal y vacío de los conceptos. En cuanto tal, resiste a todo intento de definición. Éste, de los conceptos el más universal y, por ende, indefinible, tampoco ha menester de definición.” (*Ibidem*, p. 11). No obstante, el mismo autor plantea: “hasta la pregunta misma es oscura y carece de dirección.” (*Ibidem*, p. 14). Al inicio de su densa investigación filosófica Heidegger parte de la siguiente interrogante: “¿Cuál es el significado del ser?”, pero nos lo dice su biógrafo: Heidegger es un maestro del meandro, de la desviación, de la pregunta acerca de la pregunta y de volver a preguntar: pocas veces se verán conclusiones claras en su andanza filosófica...” (Moreno, 2002). No obstante, a pesar de su existencialismo, y de lo complicado que a veces resulta una aproximación al pensamiento expresado en su obra, una cuestión nos queda meridianamente clara: ese olvido al que se refiere el filósofo no es otro que el olvido de sí mismo (lo que Boff define como “el cuidado de sí mismo”, 2012) y del mundo, a causa de un conocimiento hiperespecializado que como torbellino los suplantó.

Para Boff “Heidegger introduce la expresión de ‘el cuidado angustiante’ y la ‘preocupación angustiada’ como característica de la temporalidad en general y específicamente de los cristianos...” (*Ibidem*, p. 32).

Luego agrega:

Cuidar del Ser es la gran tarea de la vida. En palabras de Heidegger, aceptar ser el pastor y el cuidador del Ser: encontrarlo en todos los entes, pero percibir que se retrae en todos ellos. No por eso cesa la búsqueda de un encuentro con el Ser. (...) Cuidado aquí significa preocuparse por su interioridad, velar para que esta apertura en totalidad no sea inauténtica al identificar el Ser con algún ente, por más fascinante que sea. El cuidado puede expresarse también por una angustia existencial que ningún psicoanalista puede curar, pues traduce la falta de plenitud del deseo, siempre en busca del Ser.

Resumiendo, podemos concluir: el cuidado es la condición previa necesaria para que algo pueda existir y subsistir. Es la disposición anticipada de toda práctica y de toda acción. (*Ibidem*, p. 39)

El olvido del Ser no es otra cosa que la pérdida de la interioridad de la persona, su extravío en medio de la vorágine del mundo, su marginalidad existencial. La ciencia y sus productos se olvidaron de pronto que fueron creados para darle sentido al Ser. Por muy inextricable que parezca el análisis filosófico, todo se concreta en la inserción del Ser en el mundo: sus interrelaciones, todo lo que posibilite que el hombre y la mujer se asuman en su condición de personas que, como tales, aspiran a la plenitud física, emocional y espiritual. Todo lo que vaya en contra de dichos deseos (atávicos por demás), nos subordina a una existencia cosificada y sufriente, y esto es éticamente inaceptable.

REFLEXIONES FINALES

En la presente crisis sanitaria traducida en pandemia se hace prioritario considerar, que no habrá redención posible en medio del caos y de la incertidumbre global, si no se afianzan los valores que nos lleven a consolidar al Ser aún en medio de la desesperanza. Consolidar al Ser no implica olvidarnos del otro, del que sufre, porque se requiere la responsabilidad-solidaridad-pluralidad-participación personal y colectiva para salvaguardar las condiciones que permitan nuestra salud y la de los otros. La vida (y con ella lo físico y también la interioridad) requiere atención urgente en esta hora menguada de la humanidad, cuando se han perdido los referentes fácticos, y solo queda la cruel expresión: ¡sálvese quien pueda!

Hoy más que nunca se hace necesario resolver la ambigüedad existente en el binomio degradación y progreso, porque de esto dependerá que articulemos a corto plazo las condiciones necesarias que garanticen la sostenibilidad planetaria, así como la marcha de la sociedad hacia derroteros de paz y felicidad. El progreso es en sí mismo un escollo: “Todo progreso corre el riesgo de degradarse y conlleva un doble juego dramático de progresión / regresión.” (Morin, 2011b, p. 38). Igualmente, estamos en la obligación de volver la mirada hacia el camino andado en estos últimos siglos de la denominada *modernidad*, para corregir y reorientar el rumbo que hoy luce desfasado de la realidad y en clara contradicción con las aspiraciones de un mundo cada vez más complejo. Tal vez el concepto de *posmodernidad* (todavía en discusión) nos ponga en sintonía con la aspiración global de una ciencia y de un desarrollo que, en lugar de degradar, destruir y socavar, preserven los ya menguados recursos del planeta, solo que un prefijo *pos*, sin todo lo que esto implica desde lo ontológico, será siempre letra muerta.

La ciencia, entre otros aspectos, tendrá por la fuerza de las circunstancias que reinventarse, hacerse más humana, reinsertarse en una visión que no desarticule el conocimiento generando a su vez ignorancia. En tal sentido, a las ciencias de la salud les corresponde, en medio de la presente crisis, aspirar a la integralidad de lo humano, lo que traiga una visión estructurada y de conjunto en la que el Ser implique algo más que la conjunción de órganos y de sistemas, y que pueda así elevarse a la noble categoría de lo trascendente.

Por el carácter perpetuamente inacabado de toda escritura, en particular del género ensayístico (Savater, 2008, p.11), el presente texto no concluye aquí, sino que se abandona (no en lo formal, sino en su búsqueda y merodeo argumental). Las interrogantes formuladas no quedan resueltas sino trajinadas, y en este recorrido (el ensayo es *camino*) deja nuevas inquietudes en el autor; quizá también al desocupado lector. Si todo lo aquí expuesto incita en quien se acerque a estas páginas a continuar en la indagación, el objetivo se habrá cumplido a cabalidad: “Todo preguntar es una búsqueda”, nos lo dice una y otra vez el elusivo Heidegger. Recursividad en su más elevada noción epistémica.

REFERENCIAS

- Benedicto XVI. (2009). *Caritas in Veritate*. Caracas: Librería Editrice Vaticana.
- Boff, L. (2011). *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Madrid: Editorial Trotta.
- Boff, L. (2012). *El cuidado necesario*. Madrid: Editorial Trotta.
- Gil, R. (2013). *Tiempos complejos. ¿Fin del método científico?* Mérida: Publicaciones del Vicerrectorado Administrativo de la Universidad de Los Andes.
- Heidegger, M. (2012). *El ser y el tiempo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Kundera, M. (2009). *El arte de la novela*. México D.F.: TusQuets Editores.
- Küng, H. (1994). *Hacia una ética mundial. Declaración del parlamento de las religiones del mundo*. Madrid: Editorial Trotta.
- Küng, H. (2002). *¿Por qué una ética mundial?* Barcelona: Herder.
- Moreno, L. (2002). *Martin Heidegger*. Madrid: Edaf Ensayo.
- Morin, E. (2011a). *La vía para el futuro de la humanidad*. Madrid: Paidós.
- Morin, E. (2011b). *¿Hacia dónde va el mundo?* Madrid: Paidós.
- Papa Francisco. (2015). *Laudato Si. Sobre el cuidado de la casa común*. Caracas: San Pablo.
- Reyes, P. (Comp., 2016). *Pensar distinto*. Mérida: Bid & Co. Editor.
- Savater, F. (2008). *El arte de ensayar. Pensadores imprescindibles del siglo XX*. Bogotá: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.

Autor:

Ricardo Gil Otaiza

Farmacéutico. Magíster en Educación Superior, Mención Docencia Universitaria. Magíster en Gerencia Empresarial. Doctor en Educación, Mención Andragogía. Doctor en Ciencias de la Educación. Postdoctor en Gerencia en las Organizaciones. Ha publicado más de 30 libros y más de 60 artículos de investigación. Líneas de investigación: Etnobotánica y Etnomedicina (Plantas Medicinales), Educación Superior, Complejidad. Profesor Titular de la Universidad de Los Andes. Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida. Miembro Correspondiente Nacional de la Academia Venezolana de la Lengua.

Correo-e: rigilo99@gmail.com

ORCID: 0000-0002-0638-4012